

RECENSIONES

JOSEPH FRANKEL: *Conflicto y armonía en la política internacional*; DOPESA, Barcelona, 1971, 312 pp. (Colección Testimonio de Actualidad, 10).

El profesor Joseph Frankel, de la Universidad de Southampton, es versado en cuestión de relaciones internacionales y política exterior. Esta sería una obra más de las que tiene. Fue publicada originalmente en 1969 y escrita, de observar en prólogo, a comienzos de 1968. Y 1968 fue un año muy movido a efectos de política internacional y, sobre todo, de uno de los ingredientes: la ideología y los traumas internos de los países. En este sentido es un poco de lamentar que no se hubiera esperado a una nueva edición inglesa o se hubiera pedido un capítulo de reconsideraciones por parte del autor. Pero esto tampoco es negativo, ya que la obra pretende sólo analizar la política internacional en un sentido abstracto, tratando de proporcionarnos métodos y normas de interpretación, acudiendo sólo esporádicamente al ejemplo real para iluminar lo que está formulando.

Si la guerra y la paz están en el centro de la política internacional, lógicamente ésta tendrá que moverse entre dos polos, que serán el del conflicto y el de la armonía con todas las posibilidades intermedias. El autor cree, y en esto se pasa de optimista—o de pesimista—, que éste constituye «el primer intento de analizar globalmente las relaciones internacionales». Esto habría sido verdaderamente milagroso de conseguirlo en tan poco espacio. Por citar tan sólo una obra, verdaderamente masiva y en lo que cabe *global*, omnicomprendiva, se nos ocurre la clásica de Raymond Aron: *Paz y guerra entre las naciones*. Otra cosa es que los progresos en este campo se sucedan con rapidez.

El libro se dirige tanto al lector medio como al especialista, pero de hecho es más para el primero que para el segundo, hasta el punto de que el propio autor tiene que pedir excusas por su introducción, que es el primer capítulo, que trata de los conceptos generales, y que son esenciales para comprender el resto de la obra. Tampoco abusa—ni casi usa—de terminología especializada, reduciéndola a lo imprescindible.

«El propósito de este libro—afirma el autor—no es contribuir directamente a los avances teóricos o metodológicos de la disciplina. Está consagrado a la urgente tarea de fundir los métodos teóricos y empíricos y, en lugar de intentar desarrollar una teoría plenamente articulada, utiliza simplemente un modelo pensado para facilitar la inclusión de los trabajos empíricos ya realizados en una estructura coherente. Remite todas las etapas del razonamiento a las experiencias de la vida real, aunque, en ausencia de una estructura teórica plenamente articulada, no puede esperarse una «evidencia empírica» de ninguna de sus proposiciones, sino simplemente ejemplos empíricos, adecuadamente elegidos y claramente ilustrados de la relación que debe existir entre teoría y realidad» (p. 31).

De las tres partes de que consta, la primera se consagra a los sistemas internacionales y Estados. Tras indagar la naturaleza de los Estados, propio de la ciencia política, pasa a la naturaleza de los sistemas internacionales. Un sistema internacional sería «un conjunto de unidades políticas independientes que actúan unas sobre otras con cierta regularidad» (p. 44). Luego describe el significado de conflicto y armonía. Conflicto no es sinónimo de violencia, al menos necesariamente, por lo que no puede existir acuerdo general para apreciar el número de conflictos—situaciones conflictivas—existentes en las relaciones internacionales. Sintetiza la evolución de los sistemas internacionales. La sociedad internacional moderna es relativamente reciente y el punto de referencia más idóneo puede situarse en la Paz de Westfalia (1648), pero podemos observar esquemas prehistóricos (según nos presentan los arqueólogos), protohistóricos, antiguos, medievales, en fin, modernos. Estos serían llevados hasta 1939, ya que la última guerra mundial transformó radicalmente el mundo de las grandes potencias, haciendo surgir la bipolaridad asentada en USA y URSS.

A partir de aquí, las otras partes se encargan del estudio del comportamiento de los Estados y de los problemas y perspectivas de la situación internacional. La política, tanto interior como internacional, comporta unos valores, unas ideologías y unos objetivos; pero mientras que los ideales y valores a largo plazo entran siempre en recesión, siendo sustituidos por valores intermedios, los valores a corto plazo terminan convirtiéndose en fines. Esos valores se combinan en un sistema o ideología. Existen simultáneamente varios sistemas de valores, a veces conflictivos.

Echa un examen al nacionalismo, ideología que ha provocado muchos conflictos internacionales (¿no será más bien una pre-ideología?). El problema del Estado-nación (surgido en Europa Occidental) y Nación-estado (en Europa Oriental y luego en el mundo subdesarrollado, de independencia más reciente) es un binomio no siempre bien resuelto que repercute en la vida internacional. El «interés nacional» es concepto clave en política exterior. El concepto «poder» es analizado con precaución, como elemento central de la política internacional, viendo tres tipos de él: el coscitivo, el útil y el psicológico o identitivo. Otra cosa es la influencia. La confluencia de ambos nos da la capacidad de un Estado para intervenir internacionalmente, afirmando que el análisis de las capacidades se rige por varias reglas generales. Como ejemplo y caso-estudio ofrece el conflicto árabe-israelí. En las relaciones de poder, las capacidades suelen clasificarse en cinco grupos básicos: demográficas, geográficas, económicas, organizativas y socio-psicológicas y de estrategia internacional.

Tras considerar genéricamente los instrumentos y técnicas de la política exterior, no puede decirse, afirma Frankel, que el hombre haya mostrado ingenio excesivo en la invención de instrumentos y técnicas nuevas en política exterior. Aparte los instrumentos típicamente diplomáticos, presenta los económicos y los propagandísticos. En cuanto a la intervención de un Estado en los asuntos de otro, aunque no es nada nuevo, sí lo es en el sentido de su proliferación hasta el punto de suponer el abecé de la posguerra. En su última graduación puede llevarse hasta una intervención militar masiva en forma de guerra todavía localizada. El caso Vietnam es el ejemplo en punta.

Por tanto, la política armamentista con vistas a la guerra—para prevenirla o para hacerla—ha cobrado especial relieve en nuestra época. Aunque armamento y personal militar son, por definición, instrumentos al servicio de la guerra, su uso no se limita sólo a ello, máxime en situación de «ni paz ni guerra»—guerra fría—con sustratos proyectados ideológicamente. Clausewitz tenía razón cuando rechazaba la distinción rígida entre política internacional y estrategia militar. El autor hace unas disquisiciones sobre estrategia nuclear y la política de «disuasión».

Pero los Estados tienen unas limitaciones a su comportamiento, bien sean de tipo in-

RECENSIONES

terno (opinión pública y la opción entre «cañones o mantequilla») o de tipo externo, que en principio son parecidas a las anteriores. En unas páginas describe los factores de la moral internacional, Derecho internacional y la Asamblea General de la ONU como fuente de limitaciones externas.

En la última parte presenta los principales problemas con que se enfrenta el mundo. Describe con ejemplos la distinción entre diplomacia preventiva y seguridad colectiva, más sutil de lo que a primera vista pudiera parecer. Entre los demás problemas enfocados, los económico-sociales (demográficos, desarrollo, materias primas) son los tenidos más en cuenta. En el último capítulo mira al pasado y al futuro. Establece ciertas conclusiones fiando más de las aproximaciones funcionales que de las grandes palabras. Nuestra única elección es la de seguir avanzando. «Y es saludable hacerlo con un moderado optimismo, pues esperar lo peor es invitar a lo peor.»

Un libro tan omnicomprendivo en tan reducido espacio, y con eso reiteramos lo dicho al principio, por fuerza tenía que apuntar o tocar someramente algunos de los aspectos críticos de las relaciones internacionales (la crisis monetaria internacional, por ejemplo). El nivel y comprensión del libro son buenos y con esto la nueva editorial ha realizado un excelente favor al lector de habla española, ya que este tipo de estudios no se hacen directamente en castellano y apenas si en muy rara ocasión se traducen a él. Las únicas observaciones críticas son de tipo formal. Probablemente acertaremos al decir que la imprenta que compuso el libro sólo disponía de dos tipos de letras, con lo cual los subepígrafes aparecen tipográficamente idénticos a los epígrafes, surgiendo más la confusión porque aquéllos se citan en el índice y éstos no. Las fotografías y sus pies son adecuados pero podían prescindirse de ellas. Mucho más beneficioso habría sido un índice onomástico y de materias que se hace imprescindible en esta clase de obras. En fin, llamar la atención del traductor, no como tal puesto que ha hecho una buena labor (si bien con fallo tan notorio como traducir *mass media* por «literalmente» masa media). El autor se refiere a «masas políticamente activas» (p. 87), cuando significa los tan llevados y traídos *medios de comunicación de masas* (o *social*), sino por sus notas al pie de página, pues en unos casos son perogrullescas (sobre todo, teniendo en cuenta el tipo de lector de este libro) o erróneas. Por ejemplo, cuando el autor se interroga sobre «el fin de las ideologías» (p. 276), el traductor afirma que «esto ya no es absolutamente cierto», y para ello remite a sus notas de un par de capítulos (que no demuestran nada), una de ellas referida a la versión de su *mass media*. Otros errores, ignoramos si del autor, del traductor o corrector, podrían ser: la ruptura de Yugoslavia con la URSS fue en 1948 y no en 1947 (p. 93); reclamaciones tunecinas sobre Mauritania (p. 124), confundiéndolas con las marroquíes, pues Túnez ni siquiera tiene frontera común; que el imperio chino duró unos cuatro siglos (p. 69), cuando lo que se impone más bien son milenios...

TOMÁS MESTRE

JESÚS CONTRERAS GRANGUILLHOME: *El panafricanismo, «evolución y perspectivas»*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971, 386 pp.

Uno de los más importantes factores actuales y futuros para el desarrollo del amplio papel mundial que corresponde al conjunto de las naciones americanas de lengua y estructura tradicionalmente hispanas es el de la atención creciente que dichos países deben consagrar a los diversos sectores del conjunto, que muchas veces se ha llamado Tercer Mundo. Considerando dicha necesidad de atención desde el enfoque y campo de observación de la República de Méjico, resaltan en un sector especial los problemas del

continente africano. Jesús Contreras Granguillhome, escribiendo sobre el panafricanismo, dice que los asuntos generales que afectan a toda Africa deben preocupar a los países de Hispanoamérica, por varias razones de gran valor objetivo y documental. Sobre todo por los problemas de su desarrollo económico y social, los de coordinación total en los lados Sur y centro-Sur del continente y los intentos que aún realizan los africanos (especialmente en Africa Negra) para liberarse de los restos de la dominación colonial.

El autor del libro mejicano sobre la evolución y las perspectivas del panafricanismo estudió en la Universidad Nacional Autónoma mejicana; amplió estudios en la Universidad y el Instituto de Altos Estudios Internacionales de París, así como en los Organismos internacionales especializados de la Universidad de Ginebra; y actualmente es jefe de la Sección de Africa en el Centro de Relaciones Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, en la referida Universidad Nacional Autónoma de México.

En el conjunto de la exposición y del plan general de su obra, el señor Contreras Granguillhome sigue un plan racionalmente y minuciosamente informativo. Así la primera característica que destaca y debe subrayarse es la del orden riguroso, escalonado y progresivo de las partes y los capítulos. Sus grandes apartados comienzan por los congresos panafricanos, que desde 1900 fueron formando las grandes líneas de un panafricanismo político como fenómeno mundial. Luego se trata de las conferencias panafricanas celebradas hasta 1963, de los intentos de asociación y los agrupamientos regionales, la institucionalización de la unidad continental y el repertorio completo de los asuntos tratados por la OUA u Organización de Estados Africanos. Hay además una colección de anexos que son documentos y puntos de referencia indispensables; tales como las Cartas de las uniones y federaciones, los organigramas de la Organización de la Unidad Africana, las tablas de países africanos dependientes e independientes y una bibliografía africana seleccionada.

Desde los puntos de vista de la política internacional, el libro del señor Contreras Granguillhome comienza por recordar que es fundamental el hecho de que los Estados independientes de Africa constituyan actualmente una tercera parte del total de los países miembros de la Organización de las Naciones Unidas. Apunta que si esos Estados africanos llegasen a poder coordinar continuamente sus esfuerzos, podrían ser una piedra de toque para equilibrar el juego de fuerzas de la política mundial; si actuasen de concierto con diversos países asiáticos y con los de la usualmente denominada América Latina.

Es muy curioso citar las cifras de que si en 1945 el número de países africanos que tomaron parte en la creación de la ONU fue sólo de cuatro; en 1970 había más de 40 Estados de Africa dentro de la Organización mundial. El señor Contreras Granguillhome considera que los cambios producidos en el último cuarto de siglo en el continente africano han sido las más notables transformaciones internacionales del siglo actual, con referencia a los otros países de otros continentes. Además resulta cierto que en lo referente al sector africano más extenso (que es el de los países y territorios del negrismo) las transformaciones operadas dentro de este siglo xx han sido más profundas dentro de tan breve lapso de tiempo que todas las que tuvieron lugar sumando el conjunto de los siglos precedentes.

Sin embargo, a pesar de los antecedentes positivos que constituyen las independencias y luego las agrupaciones continentales, la evolución y las perspectivas del panafricanismo tienen muchos obstáculos internos y externos.

Algunos de los primeros que se enumeran en el referido estudio mejicano son los de la escasez de población o, mejor dicho, la «pequeñez demográfica» de que adolecen la mayor parte de los Estados afronegros; los cuales necesitarán contar por lo menos con diez millones de habitantes cada uno para alcanzar los niveles de lo económicamente

RECENSIONES

y socialmente equilibrable. Los grandes y los pequeños Estados afronegros tienen igualmente algunos de los más bajos niveles del mundo en los productos nacionales *per capita*. Por otra parte, en los Estados afronegros el mantenimiento (por causa de prestigio) de excesivos aparatos gubernativos y administrativos impide que puedan utilizarse las sumas que urgentemente necesitarían para montar unas normas demográfico-sociales de urgentes planificaciones humanas.

En cuanto a los obstáculos que pueden calificarse de externos, es muy conocido y saliente el de que las fronteras artificiales con que nacieron a la independencia unos países que procedían de unas colonias con fronteras convencionales, parten, dispersan y confunden en la mayor parte de los casos los grandes conjuntos étnicos tribales y culturales naturales. Así hay países, como Tanzania, que contiene 120 grupos tribales, o como Costa de Marfil, donde hay 80 grupos.

Interna y externa a la vez es, sin embargo, la más extendida y más intensa dificultad; o sea la de la independencia económica y técnica de los países de África tropical respecto a las antiguas naciones colonizadoras, y respecto a otras grandes potencias. La introducción al libro *Evolución y perspectivas del panafricanismo* sienta como un fenómeno de análisis primordial el de que las economías africanas son completamente dependientes del exterior. Los pocos centros africanos locales de planificación y desarrollo para la modernización que se han creado después de las independencias (sobre todo en la industria) han sido instalados por los extranjeros. Los productos de la tierra se basan en las primeras materias exportables en masa más que en las necesidades locales de diversificación. No hay, por tanto, medios de elevar el nivel medio de vida; y todo se complica con las grandes proporciones del analfabetismo, que tiende a niveles de un 85 por 100. Además de que los planes para corregirlo casi sólo utilizan en la enseñanza lenguas extranjeras, mientras se van apagando varias lenguas genuinamente africanas de gran valor tradicional y etnográfico.

En ningún momento los países que fueron colonizadores han perdido la superioridad de la iniciativa. Generalmente otorgaron las independencias en unas condiciones que les dejaron el control de los principales medios económicos, sociales y culturales. Así, en los más frecuentes casos (y con pocas excepciones), las «élites» autóctonas africanas quedan como simples administradoras de intereses ajenos.

Las compensaciones regionales que pueden buscar unos países negros con los otros vecinos, buscando ir robusteciendo el africanismo común y la «africanización» de los medios de desarrollo por medio de prestaciones complementarias, se ven también dificultadas no sólo por problemas de dependencias político-sociales dentro de un neo-colonialismo, sino también por lo débil de los sistemas de comunicaciones y transportes entre unos países africanos y otros.

También alude el libro mejicano sobre el panafricanismo, al hecho geográfico y cultural primordial de que siempre ha existido (y aún hoy existe en sus rasgos predominantes) una separación material y espiritual entre el «África blanca» del Sur del Mediterráneo y el «África negra» de los sectores ecuatoriales. La masa desértica sahariana influyó mucho como barrera física, y además perduran los contrastes violentos entre el clima mediterráneo y el tropical. Pero Jesús Contreras Granguillhome subraya la realidad de, por el Sur, allí donde termina el desierto y empieza la selva, no sólo cambian el género y la forma de los problemas, sino también los estilos de vida y de culturas. El sector norteafricano propiamente dicho, tanto como el de Egipto, se encuentran más naturalmente ligados al conjunto de Europa y al Cercano Oriente que a los países negros, más propios a replegarse sobre ellos mismos, y muy sensibles a recelar de todo posible lide-rato por parte de los países blancos-islamizados del borde Norte. Hoy por hoy, lo que

RECENSIONES

más puede unir a africanos blancos y africanos negros es la posibilidad de nexos económicos transdesérticos.

En resumen, el libro de Jesús Contreras Granguillhome mantiene unas posiciones de análisis que pueden ser calificadas de renovadoras y activistas en cuanto al deseo de someter los temas africanos a una observación detalladamente metódica en la elección y la sucesión de los temas. Y es además característico el empeño manifestado de que, siendo Méjico uno de los países más destacados por su progreso constante, a pesar de que a veces se le considera como formando parte del mundo de las áreas subdesarrolladas, el conocimiento de los esfuerzos que hacen otras zonas menos dotadas para compensar sus mutuos subdesarrollos debe servir como punto de estímulo y de un acercamiento tenazmente útiles para los especialistas de la progresiva nación mejicana.

RODOLFO GIL BENUMEYA

LOUIS ARMAND y MICHEL DRANCOURT: *La apuesta europea*. Plaza & Janés, Barcelona, 1970, 322 pp.

Pocos temas, en verdad, resultan tan profundamente sugestivos como el de Europa. Y, efectivamente—como de manera admirable ha escrito recientemente el profesor Sánchez Agesta¹—, cuando cada día la prensa nos habla de la defensa de Europa, de la unidad europea o de los problemas europeos, no podemos menos de hacernos esta ingenua y tremenda pregunta: ¿Qué es Europa? Ingenua, porque Europa está ahí, dibujada como una pequeña y trascendente parte del mundo en los atlas que cubren las paredes de una escuela elemental; tremenda, porque todos sabemos también que esa Europa de que se habla tiene poco que ver con el espacio geográfico a que tradicionalmente aplicábamos ese nombre. Es más, Europa es algo inconcreto que rebasa no sólo las claras unidades de la naturaleza, sino los mismos perfiles que traza la mano o el espíritu del hombre. No parece, desde luego, una unidad política, ni estamos muy seguros de que sea una unidad de raza, y es bien patente que no es tampoco una unidad de lengua o de religión. Si no hay caracteres unitarios que la definan en el espacio, ¿cómo sabremos de su unidad? Sólo queda otra vía: buscar un sentido común de su hacer, tratar de comprenderla como una unidad histórica de civilización o cultura. Este planteamiento de la cuestión facilita nuestra tarea. Nada más fácil de constatar que un ser histórico. Si hay una entidad histórica, podrá construirse con sentido su evolución histórica. E, inversamente, la historia es testimonio de una existencia consistente.

Es obvio, sin embargo, que también se puede llegar al conocimiento de lo que es Europa a través de un concienzudo análisis de las principales premisas de la política internacional que, desde principios de siglo, ha desplegado. Y ésta es, en gran parte, la perspectiva desde la que tanto el doctor Louis Armand como el doctor Michel Drancourt emprenden la fascinante aventura de determinar cuáles son y en qué consisten las ilusiones socio-políticas y socio-económicas más notables de la Europa contemporánea.

En cierto modo, sólo en cierto modo, una de las motivaciones que han impulsado a ambos autores a la redacción y posterior divulgación editorial de las páginas de esta obra se debe, como de inmediato el futuro lector del libro advertirá, al deseo de indagar y concretar hasta qué punto los descubrimientos científicos o, lo que es lo mismo, el avance técnico puede influir en las directrices de la política internacional. Dicho con

¹ SÁNCHEZ AGESTA, LUIS: *España al encuentro de Europa*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1971, p. 18.

RECENSIONES

palabras de los propios autores: ¿Hasta qué punto las nuevas técnicas pueden constituir un factor de aproximación o de alejamiento entre los hombres?

Todas las reflexiones que se insertan en estas páginas están, pues, encaminadas a ofrecer una respuesta adecuada, sincera y definitiva a la interrogante que antecede. Interrogante, por supuesto, que hondamente preocupa a las mentes más enhiestas de la política, la sociología y la economía europea. Por lo pronto, y esto es un signo positivo, los autores de estas páginas concuerdan en subrayar que, quiérase o no, Europa ya no es Europa, sino solamente un pedazo del mundo. Ya no puede definirse en relación consigo misma, para imponerse seguidamente a los demás. Para conservar su personalidad, se ve obligada a tener en cuenta la realidad mundial y a determinar después el lugar que puede corresponderle. Por contra —y acaso en esto radique la única esperanza que vivifica los sueños europeos—, al estar mezclada estrechamente con las corrientes mundiales tiene la posibilidad de influir en la evolución de la civilización del orbe entero. Debemos reconocer de inmediato que, a pesar de todo, esta evidente situación no aparecía con tanta claridad hace sólo veinte años. Cuando, en efecto —se nos indica—, algunos querían construir una Europa que fuese un tercer continente y mantuviese el equilibrio entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pensaban en una especie de supernación, estructurada, destinada a dirigir a las naciones existentes. El impulso era generoso y la empresa audaz. Este proyecto se coló de rondón en la historia y marcó las mentalidades de una manera indeleble. Esto era un resultado decisivo. Pero no basta. Los elementos fundamentales de los problemas de Europa no son ya los mismos que a la terminación de la segunda guerra mundial. Deben, pues, ser abordados por otros caminos.

El primer problema que Europa tiene que resolver con cierta urgencia es el referente a su unidad. Cabe preguntarse: ¿qué importancia puede tener el lograr o no la integración política o económica europea? La respuesta nos la ofrecen los autores de las páginas que comentamos: si Europa continúa desunida, seguirá indudablemente el movimiento del mundo, pero dejará de figurar entre los creadores de estructuras y de civilizaciones. Europa, pues, debe estar preparada para participar, si se presenta la coyuntura —coyuntura que nada tiene de utópica—, dentro del ámbito de un Gobierno mundial. Acaso, subrayan los doctores Louis Armand y Michel Drancourt, en el establecimiento de un Gobierno mundial esté la solución más viable para desterrar de una vez para siempre los problemas socio-políticos y socio-económicos que afligen la vida de los pueblos. Un Gobierno mundial —consideran los autores que acabamos de citar— permitiría instaurar un tipo de relaciones más de acuerdo con los intereses de todos. Todavía —reconocen— no hemos llegado a este punto; pero, no obstante, debemos tender a él, aunque su advenimiento sea tan remoto que, actualmente, nos parezca totalmente irrealizable.

Los autores de estas páginas insisten en el hecho de que Europa puede desempeñar un papel decisivo en la futura Historia de la Humanidad. Estableciendo un nuevo tipo de relaciones internacionales. Ciertamente, subrayan, instituyendo una nueva clase de relaciones entre Estados, empresas y sociedades, puede solucionar su propio problema (el de la adaptación a las exigencias de la dimensión y de la evolución veloz) y, al mismo tiempo, sugerir, por el ejemplo, una orientación posible a todos los pueblos que buscan asociarse.

Sería imperdonable, ésta es una de las muchísimas conclusiones a las que se llega en estas páginas, que Europa no advirtiese que, en estos momentos, se está creando un foro a escala mundial. Por lo pronto, ya se ha llegado, gracias a la técnica —de aquí la importancia que la misma puede entrañar para el establecimiento de las futuras relaciones internacionales—, a lo que podríamos considerar como la mundovisión. En efecto,

lo que parecía increíble hace unos años ya constituye una realidad que difícilmente sorprende al hombre de la calle, a saber: que los hombres comparten emociones e imágenes a escala planetaria. ¿Qué quiere decir esto? Entre otras muchas cosas que los Estados ya no pueden permanecer absolutamente aislados. Existe una intercomunicación internacional innegable. Así, por ejemplo, subrayan los autores de este libro, 300 millones de personas presenciaron el entierro del presidente Kennedy y vieron al Papa en la ONU el 4 de octubre de 1965, sencillo, emocionado, consciente de realizar un acto de alcance mundial. Habló de la paz: «No más guerras, no más guerras... Es la paz, la paz, la que debe regir el destino de los pueblos de toda la Humanidad.» Y como los aparatos receptores se multiplican en todo el mundo, una masa de gente más considerable aún vivió, en junio de 1968, la trágica agonía de Robert Kennedy. Las imágenes cuentan mucho más que los comentarios, aunque la traducción simultánea sea hoy de uso corriente. Por esto, la guerra del Vietnam ha sido sentida por todos los pueblos. Debido a que, según su concepción de la vida política, los americanos consideran que han de informar a un público lo más numeroso posible; todos los episodios de esta guerra que han podido filmarse han sido proyectados en la pantalla pequeña. Si la información americana hubiese sido censurada, las imágenes retransmitidas al mundo entero hubieran sido menos frecuentes y la guerra menos tangible para millones de hombres, que la condenan precisamente porque la ven.

Pero es posible todavía encontrar un motivo más poderoso que aconseja la unión mundial. En efecto, para los doctores Armand y Drancourt existe un irrefutable fundamento para tratar de establecer, como ya hemos señalado, la unidad mundial, a saber: el miedo atómico. Los temores provocados por el empleo eventual de la bomba atómica son más vivos en los países dotados de un poderoso arsenal de tales armas. Sin embargo, las imágenes de las posibles destrucciones siembran en todos los espíritus una inquietud que se está haciendo planetaria. Por lo demás, convendría que esta inquietud se manifestase más profundamente y con mayor rapidez. Los documentos filmados, completos, sobre el bombardeo de Hiroshima y sus consecuencias, no fueron publicados en el Japón hasta el mes de febrero de 1968. Lo más edificante hubiera sido difundirlos en todas las pantallas del mundo.

En la actualidad, como muy bien destacan los autores de estas páginas, se ha llegado a la absoluta convicción de que, como ya el filósofo Karl Jaspers afirmó (afirmación realizada en 1951), «la Humanidad puede suicidarse». Justamente, el suicidio o la degradación de la Humanidad entran, cada vez más, dentro del campo de lo posible. El suplemento anímico necesario para hacer frente a tal contingencia debe buscarse, pues, a escala planetaria. Muchas personas están aún lejos de admitirlo e incluso de advertirlo. Entre la realidad técnica y el comportamiento político, existe un enorme abismo.

En todo caso, los autores de este libro son plenamente conscientes de que, en efecto, un Gobierno mundial es inconcebible a corto plazo. Podemos estar tanto más seguros de ello —escriben— cuanto que ninguno de los Gobiernos de tipo actual podría servirle de modelo. Su constitución, su funcionamiento y sus concepciones datan de antes de la televisión, del ordenador, del avión a reacción e incluso de la alfabetización de los ciudadanos. Ahora bien, una organización racional de la Humanidad requiere la utilización de las técnicas de transmisión y de tratamiento de la información que, siendo a escala planetaria, conducen a la mundovisión. Consecuentemente, el horizonte que se abre actualmente a las concepciones europeas —no olvidemos que en estas páginas se examina con especial detenimiento las posibilidades ante el futuro del papel político de los pueblos europeos— diferencia claramente a éstas de las que

RECENSIONES

surgieron después de la última guerra mundial, dominadas esencialmente por dos ideas elementales, pero justas en su época:

- La reconciliación después de las guerras intestinas.
- La idea de insertarse, en calidad de «tercer grande», entre América y Rusia.

Es obvio, pues, que se impone una puesta al día. Hay que reconsiderar, aconsejan los autores de estas páginas, Europa en su nuevo contexto. Si se realizase de otra manera, no tendría sentido ni, por ende, viabilidad. No estamos ya en la hora de la Europa del perdón o del tercer continente, sino en la hora de la imaginación y del ejemplo. El pensamiento europeo, las iniciativas europeas, deben inscribirse en el mundo, teniendo en cuenta su movimiento. El amanecer de Europa debe coincidir con el amanecer de la era planetaria.

Ahora bien, llegada la hora de la formularización de la estructura del futuro Gobierno mundial es evidente, y así lo reconocen los doctores Armand y Drancourt, que ciertos países dejarán hacer notar su presencia con mayor intensidad que otros. Este, en efecto, será—probablemente—el caso de los Estados Unidos de América, cuya impronta, en estos momentos, se acusa por todas partes: los inventos, los métodos y la mentalidad americana han transgredido las fronteras de los Estados Unidos. En el sentido geológico de la palabra, se dice que hay transgresión cuando hay sumersión de la tierra por el mar, sea por hundimiento del continente o por elevación del nivel de las aguas. La operación contraria es la regresión, término que, lamentablemente, suele aplicarse a Europa. Evidentemente, los productos son portadores de ideas, los métodos perfilan los horizontes, las técnicas son las obreras de la cultura. Estas ideas, estos horizontes y esta cultura de la sociedad no son exclusivamente americanas, pero parecen serle porque encontraron en los Estados Unidos su traducción más espectacular en los sectores que mejor caracterizan nuestra época.

Para los doctores Armand y Drancourt no ofece duda alguna que, en efecto, la América de hoy es, en cierto modo, la prefiguración del futuro de los demás pueblos. Y esta tesis que, a primera vista, parece que se expone muy a la ligera tiene un claro fundamento, a saber: la influencia americana no recae únicamente sobre los objetos, sino también sobre la organización, ligada a las estructuras y las mentalidades. Y todo ello trastorna numerosas costumbres fuera de América. Muchos conservadores buscan protección, disimulando su arcaísmo bajo un disfraz nacionalista. Porque, ¿no es mucho más honroso pronunciarse en favor de lo que es francés o español y en contra de lo que es americano, que apoyarse en el pasado para ir contra el futuro? Lo que viene de los Estados Unidos puede ser, según el punto de vista que se adopte, signo de invasión por el extranjero o de advenimiento del futuro. Digan lo que quieran los adversarios de América, es esta segunda manera de juzgar la que triunfa más a menudo.

Bajo ningún concepto, sin embargo, es aconsejable el cifrar la seguridad o el futuro de una nación únicamente sobre la base del desenvolvimiento de la técnica. Los pueblos tienen que contar con otros valores si, ciertamente, no quieren ver peligrar su integridad. Y esta afirmación viene a colación de algo que es tan evidente y tan sencillo que escasas veces se repara en ello: que la técnica evoluciona con tal rapidez, que trastorna los factores de la política y de las relaciones internacionales. Ellos—se nos dice en estas páginas—, los «padres fundadores» de la guerra atómica, no habían podido imaginar nunca que la URSS y China les seguirían tan de cerca en el armamento nuclear y que los Estados Unidos llegarían a ser vulnerables por ambos lados a la vez. ¿Acaso no está Chicago situado entre Moscú y Pekín? Este hecho debe hacer que América se dé cuenta del error de querer asumir por sí sola la responsabilidad de la

suerte del mundo y llevarla a reaccionar contra la tentación que incita a los más fuertes a actuar en solitario. Consecuentemente, piensan los autores de este libro, debe revisarse la filosofía general del capitalismo liberal, que no puede ser ya un capitalismo controlado. Debe tener igualmente en cuenta el crecimiento de las grandes empresas, cuya acción se extiende mucho más allá del mercado nacional. Apoyarlas sistemáticamente es anticiparse a la acusación de imperialismo. Dejarlas volar con sus propias alas es negar la necesidad de una organización política por encima de las realidades económicas; es correr el riesgo de que el mundo se vea sacudido por crisis que ningún organismo será capaz de prever, de evitar o de limitar.

¿Cuál es, pues, la posición de Europa en la hora actual? En el momento en que el mundo entra en la era planetaria—piensan Armand y Drancourt—, la situación de Europa es la de una colectividad que pierde velocidad y llora sus ambiciones perdidas. Marcada por su pasado, desgarrada por las guerras que ella misma provocó, se comporta de una manera que, en relación con la dimensión del siglo presente, no rebasa el marco de lo provincial. La que fue fermento de la civilización se ve reducida, para afirmar su personalidad, a criticar tanto el poderío económico de los Estados Unidos como la fuerza militar de la URSS, o a darse importancia frente a países de poca monta. Pero, en el fondo, todavía existen soluciones adecuadas para que Europa supere de manera satisfactoria su actual estado de postración. Europa, justamente, debe comprender claramente los imperativos de la época actual y aceptar una transformación de su organización. No debe contentarse con minirrealizaciones. Las nociones de frontera deben borrarse ante los desafíos de una técnica que ningún país europeo—comprendida Gran Bretaña—puede desarrollar por sí solo. En consecuencia, en Europa ha pasado el tiempo de preguntarse si su papel puede seguir inscribiéndose en el marco de sus tradiciones, o si debe definirse en un marco nuevo. Europa debe esforzarse en construir este nuevo marco o resignarse a no desempeñar papel alguno como colectividad.

Lo más grave del panorama europeo, como es bien sabido, consiste en la división ideológica que presenta. Justamente—se nos recuerda en este libro—Europa está dividida entre el Oeste y el Este, en el campo material y en el campo de las ideas. En el Oeste, experimenta los efectos de una división interna entre los partidos que se inclinan hacia América, los que están ligados a la URSS y los que permanecen adictos al pasado nacional, cuando no se consagran al renacimiento de un dialecto. En el Este, está sometida a la organización soviética, pero experimenta cada vez más las influencias de los países «liberales». Todos los países experimentan tensiones internas, que son positivas cuando conducen a una sana competencia. Pero las que agitan Europa frenan el impulso del progreso y provocan una evolución regresiva, porque son resultado de influencias exteriores fundamentalmente contrarias. Puede decirse—aseguran los autores—que la Europa occidental—que nos interesa en particular, puesto que de ella debería nacer una vasta innovación política—está en circuito con los Estados Unidos, mientras sufre por inducción la influencia del Este. No sólo carece de un pensamiento realmente genuino, capaz de ejercer influencia sobre el mundo, sino que se ve sometida a presiones contrarias. Además, no copia necesariamente lo que tienen de más eficaz los regímenes dominantes.

Entienden los autores de estas páginas, quizá con notoria exageración—circunstancia por la cual no nos adherimos a su tesis—, que la falta de un pensamiento europeo original es más clara aún que la carencia de personalidad tecnológica. Europa, subrayan, ambiciona y envidia la riqueza de los americanos. Se impone una mutación de las mentalidades. Esta mutación no se producirá espontáneamente, por efecto directo

del progreso material. Requiere hombres voluntariosos. Y éstos deben ser hombres políticos. Demos, pues, preferencia absoluta a la política, a la experiencia política, naturalmente, y no a las agitaciones, que son sus epifenómenos.

Europa tiene todavía grandes posibilidades para corregir su rumbo actual y jugar, cara al futuro, un sugestivo papel—un papel incluso central—, puesto que, efectivamente, el paso al Gobierno mundial no se efectuará de manera directa, sino, por el contrario, haciendo escala en una etapa intermedia: la federación. La humanidad, pues, se verá obligada a pasar por la fase federal. Pero Europa—insisten los autores de estas páginas— debe ante todo federarse ella misma. Es para ella una necesidad absoluta. Esta necesidad le dará una posición de vanguardia, puesto que por ella deberá pasar la evolución de la humanidad. América no siente la necesidad de imaginar un tipo de federación que sobrepase el que ya tiene. Tampoco Rusia. Es Europa quien debe dar el ejemplo. Y es hora de que lo haga. Sólo estas ideas pueden interesar, consciente o inconscientemente, a la juventud. Y sólo su aplicación puede reducir los considerables riesgos que pesan sobre el mundo en el amanecer de la era planetaria.

Ahora bien, y estamos en presencia de la cuestión más palpitante de la política europea, ¿cómo se puede emprender la tarea de construir el federalismo que Europa necesita? No vemos, confiesan los doctores Armand y Drancourt, en nombre de qué principio habría que trabajar para constituir un Estado supranacional, en el cual todos los Estados se someterían a un sistema creciente de leyes comunes y alinearían progresivamente su política en todos los planos: asuntos extranjeros, defensa, economía, agricultura. Estos Estados tienen pasados diferentes y afinidades particulares. Si algunos de ellos pueden llegar a fusionarse, ayudémosles en esta tarea. Pero si, como demuestra la experiencia, numerosas dificultades se oponen a tales fusiones, no demoremos por ello el momento de hacer progresar las ideas europeas. Hagamos todo lo contrario y procedamos, sin esperar a una hipotética unificación, a celebrar una serie de acuerdos para asociar grupos de colectividades conscientes en el cumplimiento de las tareas impuestas por la evolución.

En definitiva, y aquí sí consideramos que es muy acertada la tesis de los doctores Armand y Drancourt, el federalismo a la carta se apoya en la necesidad de anudar orgánicamente las relaciones entre los hombres partiendo de la base, en vez de imponerlas desde la cima. La política debe confirmar las ramificaciones de la vida, pero nos equivocáramos si quisiéramos estructurar relaciones de interdependencia que no estuvieran fundadas en un sano desarrollo de las técnicas y de las mentalidades. Los hombres que velan junto a la cuna de la Europa de los Seis fueron aleccionados y designados por los Gobiernos para defender intereses nacionales y frecuentemente inmediatos. Su misión no consiste en imaginar un porvenir federal, ya se trate de funcionarios nacionales que actúan en el seno de comités de expertos, ya de ministros de Asuntos Exteriores, cuya tradición les inclina más a negociar, sacando partido de situaciones pasadas, que a construir en común. Cada uno de ellos, al regresar de su capital, se preocupa de demostrar a su Gobierno que ha sabido defender los intereses que le fueron confiados más que de hacer un balance anticipado de futuras empresas a edificar entre varios. Ningún país lleva en sí mismo la virtud de reformarse, y esta comprobación se aplica a todo lo que se aísla del medio, comprendida la Universidad francesa—subrayan los autores—, cuyo fracaso en realizar una mutación desde dentro se ha puesto públicamente de manifiesto. El funcionamiento del federalismo moderno tropieza además con muy serios escollos, a saber: el poner en práctica principios auténticamente liberales. Es cierto en estos momentos que muchos de los Estados europeos no están preparados para esta empresa.

RECENSIONES

Lo realmente increíble de Europa es el hecho de que en la hora presente puede ofrecer ejemplos de la clase de sistema político que se desea. Acaso, como ha subrayado un prestigioso pensador, esto es menester aceptarlo como signo positivo, puesto que, efectivamente, la variedad de los pueblos europeos no es un equilibrio, sino un impulso coordinado hacia un logro común. Importantes, pues, las sugestivas meditaciones que se nos ofrecen en estas páginas, en las que impera la pasión, pero al mismo tiempo también la serenidad.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA